

Dos revolucionarios

Un relato magonista

El primer relato es una alegoría del crepúsculo de una era: *Dos revolucionarios*. Y lo primero que aparece es el conflicto, la divergencia, algo semejante a un caos original: *El revolucionario viejo y el revolucionario moderno se encontraron una tarde marchando en diferentes direcciones*. Un caos al que le sirve de fondo nada menos que la caída del sol, la caída simbólica de Dios, del padre, de la autoridad: *El sol mostraba la mitad de su ascua por encima de la lejana sierra; se hundía el rey del día, se hundía irremisiblemente, y como si tuviera conciencia de su derrota por la noche, se enrojecía de cólera y escupía sobre la tierra y sobre el cielo sus más hermosas [iba a escribir “oscuras”] luces*.

Allí están los dos, *frente a frente*. El rostro del viejo, *sin tersura, como un papel de estraza arrojado al cesto*. Y lo que arranca el diálogo son las preguntas: *—¿A dónde vas? [...] —Voy a luchar por mis ideales*. Y dos veces reaparece la cólera en el viejo: *El viejo tosió, escupió colérico al suelo, echó una mirada al sol, cuya cólera del momento sentía él mismo [...]. —Yo no voy; yo ya vengo de regreso*. Lo abruma el sinsentido de la revolución, tema y hasta idea fija de prácticamente todas las “novelas de la revolución”. *—No vayas a la revolución: yo también fui a la guerra y ya ves cómo regreso*. Y el revolucionario joven le hace una pregunta ausente en esas novelas: *—¿Supiste por qué luchaste?* Para escuchar de boca del viejo que sí, las causas del sufrimiento de los miserables, la tiranía y la explotación de sus familias, la explotación, el llamado a la revolución por los políticos y la reiteración de la opresión: *—Ya ves cómo supe por qué luchaba [...]. No vayas a la guerra, no vayas*. Y como aún se dice hoy: *—Vas a arriesgar tu vida por encumbrar a un nuevo amo*.

Como una acotación teatral, vuelve a describirse: *El sol se hundía sin remedio*, haciendo entrar en escena a otra entidad inexplicable que ya

no es Dios, y que somete al sol a su poder: *como si una mano gigantesca le hubiera echado garra detrás de la montaña*.

El revolucionario moderno va a la revolución de otra manera: *—No como tú fuiste y fueron los de tu época. Voy a la guerra, no para elevar a ningún hombre al Poder sino a emancipar mi clase*. A obligar a los amos *a que aflojen la garra, sin tutores ni fabricantes de ventura, a atacar la raíz de la tiranía*, llamada “derecho de propiedad”. Y a continuación viene otra gran alegoría, alegoría que es fruto de la escritura poética de Magón: *La opresión es un árbol; la raíz de este árbol es el llamado “derecho de propiedad”; el tronco, las ramas y las hojas son los polizontes, los soldados, los funcionarios de todas clases, grandes y pequeño*. Pues bien: *los revolucionarios viejos se han entregado a la tarea de derribar ese árbol en todos los tiempos; lo derriban, y retoña, y crece y se robustece; se le vuelve a derribar, y vuelve a retoñar, a crecer y a robustecer*. *Eso ha sido así porque no han atacado la raíz del árbol maldito; a todos les ha dado miedo sacarlo de cuajo y echarlo a la lumbre [...]. Yo quemaré el árbol en su raíz*.

En esta escena visionaria, se asiste al asesinato del sol: *Detrás de la montaña azul, ardía algo: era el sol, que ya se había hundido, herido tal vez por la mano gigantesca que lo traía al abismo, pues el cielo estaba rojo como si hubiera sido teñido por la sangre del astro*. Pero también el viejo guerrero estaba muerto. *—Has dado tu sangre sin provecho*, le había espetado el joven (como Magón, quizá, un día se lo reprochó a su padre), y él contestó: *—Como el sol, yo también voy a mi ocaso. Y desapareció en las sombras*.